

# LOS LIBROS

## ENSAYO

HACIA UNA LITERATURA PROLETARIA por *Lorenzo Turrent Rozas*,  
y siete Cuentos Proletarios (1).

Tema muy llevado y traído es éste de la literatura proletaria. Por primera vez en la historia—a lo menos en esta forma—se plantea el problema de escribir para las masas.

Ni Balzac, ni Dickens, ni Dostoyewski, ni ningún gran novelista europeo hasta el presente siglo habría tolerado semejante tarea. Escribieron con simpatía para los humildes pero no de encargo para ellos.

En la U. R. S. S. nace la primera legión de escritores proletarios, algunos de ellos tan de vanguardia literaria que apenas si fueron comprendidos por los burgueses cultos. El caso de Mayakowsky y Essenin.

El mejor lote de los escritores soviéticos pertenece—a excepción de Gladkov—a los escuderos o acompañantes del camino y son los mejores en la medida que son los menos propagandistas.

La alta literatura es y ha sido casi siempre hecha por no conformistas.

La obra de que hablamos consta de un prólogo y de siete cuentos que el autor considera proletarios. Del mérito de cada cuento y

---

(1) «Ediciones Integrales». Jalapa.

de su autenticidad artística y revolucionaria no nos habla Turrent Rozas, sólo de la intención y del tema.

Cuando se inició en Rusia el arte proletario, los críticos y los jefes de grupos literarios tuvieron que avocarse al estudio de todos los problemas que rodeaban el fenómeno estético revolucionario y que tenían que ver con la vieja cuestión de la forma y el fondo. Plejanov Bogdanov y también Lenin y Trozky dijeron muchas cosas al respecto. Desde luego no se hace un poema, una novela o un cuento, con sólo insertar algunas estrofas de La Internacional o incluyendo un elogio desmesurado de las clases proletarias.

Para Lorenzo Turrent Rozas existe una literatura proletaria o se va hacia ella desde el momento en que se abordan ciertos temas desde cierto punto de vista. El problema literario, formal, estilístico, no parecen interesarle mayormente. Un cierto asunto, y una cierta forma de tratarlo, y ya tenemos una literatura proletaria en marcha. Turrent Rozas, nos da, sin embargo, opiniones interesantes sobre cierto tipo de novela de la Revolución Mejicana: «La tendencia proletaria pudo haberse manifestado brillantemente en la novela de la Revolución Mejicana. Pero nuestra novela revolucionaria es tan burguesa como la misma producción vanguardista. En primer lugar, hay que anotar su falta de ideología, su inmensa desorientación. Luego, este género literario ha huído cobardemente de la realidad actual que interesa analizar y estudiar, si se quiere producir una obra honrada. A huído de esta realidad para refugiarse en el anecdotismo de la lucha revolucionaria. El espectáculo de los ahorcados. Los excesos naturales de un pueblo que se sacude del yugo de una dictadura. Pancho Villa exhibido ante el regocijo reaccionario... Todo lo que halaga el histerismo de la burguesía nacional y mundial».

El prologista hace una curiosa justificación y presentación de los autores de los cuentos incluidos en el volumen:

«En el cuento de Enrique Barreiro Tablada, «Contra el Embajador», se estudia valientemente el problema del imperia-

lismo yanqui. Problema nuestro, que es también de toda la América Latina».

Alvaro Córdoba encuentra en la novela, en el cuento, un pretexto para imponer una tesis. Así, en «Transición», se plantean diversas cuestiones que inquietan a la intelectualidad nueva: el examen del concepto burgués de la familia, del deber revolucionario, de la inutilidad filosófica, etc. Temas que urgen la liquidación de una cultura caduca».

Esto no nos parece aceptable. El verdadero arte no vive de pretexto.

«Consuelo Uranga afirma, en «Un Crimen, la realidad de nuestra delincuencia, sus causas determinantes: la desigualdad de clases, el pavoroso desnivel económico en que vivimos. Problema de la delincuencia que no se resolverá con códigos flamantes, hecho conforme a las últimas teorías de la ciencia penal, sino con un cambio radical en nuestra cultura económica».

¿Y para qué ponerle un argumento a todo esto? Se puede escribir un buen ensayo, un buen artículo técnico sobre la materia, y también hacer con todo ello un cuento, pero entonces, es el cuento, su realización, y no la tesis ni la propaganda, lo que interesa.

«El Camarada Gerardo Uroz, cuento de Mario Pavón Flores, tiene como tema la inquietud social de nuestros tiempos: la desigualdad de clases. Hay una interrogación, en todo el curso del relato, que no llega a resolverse. Por lo demás, no es necesario, pues el proletariado no cree ya, en las diversas soluciones que plantea la burguesía».

Hoy día, que los poetas y pintores de vanguardia, pretenden eliminar la anécdota y los músicos se resisten a hacer en su música, plástica; y literatura, en su música, no es justo que ésta, la literatura, tenga que soportar sobre sus espaldas toda la propaganda de un nuevo orden económico y social. Eso le es intrínsecamente ajeno.

El primer cuento, *Contra el Embajador*, de Enrique Barreiro

Tablada, tiene una primera parte que es todo aventura, y una segunda, de un lirismo revolucionario de buena ley. El personaje es sorprendido en sus prácticas disolventes y llevado a la cárcel, donde la naturaleza joven y robusta del hombre de acción se vuelca por la ventana.

«La penitenciaría es grande, de altos muros pesados, fuerte, sólida. Es una gran muralla que da vuelta sobre sí misma y que abraza con sus muros de hierro y de cemento los radios sombríos de las crujías...».

«Me arrojé al ventanillo de la puerta de hierro. ¡Cómo es hermosa esta tarde de julio! Sólo puedo ver un pedazo de cielo, pero a estas horas es lo único que pone en mi corazón una nota de belleza y de sentimiento cósmico en la vida».

No obstante, Barreiro Tablada, debiera tener más presente que la exageración produce mal efecto, y es sin duda, contrarrevolucionaria:

«El dueño de una parte de las finanzas mundiales ha pronunciado esta noche enferma y atormentada, una conferencia en el gigantesco «Auditorium» de New York. Un trasmisor de radio ante su boca. Ha dicho al mundo: «Tres cosas son necesarias para nosotros: ametralladoras, cárceles y religión. El orden ante todo».

Esto es estúpido, y no lo ha dicho ni lo dirá públicamente ningún millonario. Algunos creen que con las frases huecas se puede impresionar al pueblo. Nada más falso. Por lo demás existe tanta miseria auténtica, que no hay para qué inventar otra, ni menos poner frases exagerados en boca de personajes poco simpáticos. El mismo Barreiro se da cuenta de ello.

«La represión contra las ideas es nuestro espectáculo diario. Por eso el resentimiento, la enfermedad psicológica, informa nuestra obra. Al que busque belleza en las cosas escritas bajo el peso de los años de inquietud, y de sufrimiento moral, yo le diré que la belleza es una palabra a la que la existencia misma le ha quitado todo sentido».

Nadie tiene derecho a pedir belleza, seguramente, pero si se puede exigir inteligencia.

De Germán List Arzubide, aparece incluido un cuento de dos páginas: *Pared de Adobes*. En este cuento el poeta revolucionario logra darnos un cuadro sintético, — en 36 líneas, — de muchos episodios revolucionarios: Juan María, hace una casa de adobes porque Isabel le ha dicho que sí. El capataz lo larga a chicotazos por construir casa en un terreno que no le pertenece. Juan María mata más tarde al capataz, y un oficial y cinco soldados fusilan a Juan María contra la pared de adobes que él mismo levantó con sus manos.

«Juan María alcanzó a mirar que la tierra se hacía negra con su sangre. Luego arreció la noche en el canto monótono de un grillo».

En este libro viene también un cuento de un conocido nuestro: José Macisidor. Se llama *El Sargento* y en él está tratada breve y maestramente la psicología del hombre de línea que masculla hacia afuera toda clase de insultos contra los revolucionarios, y con tanta rabia, que deja traslucir la secreta simpatía que tiene por ellos.

*El Camarada Gerardo Uroz*, de Mario Pavón Flores es de lo mejor que trae el libro.

Gerardo Uroz es un personaje muy americano, el hombre bueno y de algún dinerillo, que ayuda a los estudiantes, a los poetas, a los comunistas, movido únicamente por la simpatía, y al que todos explotan y tratan mal.

«El camarada Uroz, desde la puerta de «La Cervecería Popular» mira caer la lluvia, en espera de un cliente imposible... Uroz es muy popular en Jalapa. Los estudiantes, los obreros comunistas, y hasta algunos cromianos, tienen crédito con él. Le deben naturalmente una barbaridad. En sus momentos sentimentales, cuando gusta hablar de sus penas con algún amigo, dice confidencialmente:

—¡Ay, camarada! Con lo que me deben sería rico; pero son

tan simpáticos los estudiantes cuando discuten de cosas que aprenden en los libros, que no puedo cobrarles,—suspira, se ríe bonachonamente y termina.—Luego, que saben lo que me emocionan, los versos de Gutiérrez Cruz».

*El Huelguista* de Solón Zabre es un típico cuento ruso. El autor como para disculparse del procedimiento y de la psicología de su personaje, hace que éste simpatice con los autores rusos:

«...le gustaba compararse con los terribles tipos anarquistas de Andreiv, cuando me hablaba de estas cosas, su voz adquiría un módulo sollozante».

*Un Crimen* de Consuelo Uranga, es mucha tesis para tan poco cuento.

Con *Transición* de Alvaro Córdoba, entramos en los territorios de la frase hueca; Marcos Sol es un joven de buena familia, convencido de la Revolución y que sabe todas sus fraseología, nada más.

Cuando Marcos, piensa a raíz de la reciente muerte de su madre, se dice: «Sólo la sentimentalidad burguesa de nuestras religiones, y la falsa moral de nuestros tiempos, se han propuesto hacer literatura con el dolor».

Y cuando habla ante sus compañeros continua la peroración: «La sensibilidad, es una pordiosera de quejumbres».

Después sigue pensando por su cuenta.

«La vida es eso: miseria que anda. ¡Vicios!, y por qué no, así la vida urge letargos para no latir tan miserablemente...».

Si Marcos Sol va en el vagón y se encuentra con una normalista, continúa la letanía:

«¿La poesía?» No, es una desviación burguesa, la parte más femenina del pensamiento humano, y siempre socorriendo actitudes falsas.

—¿Pero la inspiración?

—Pura hiperestesia; la bilis negra de la hipocondría sentimental. Tristeza falsa, falsamente acrecida por una cultura de esclavos y hambrientos. El romanticismo no es más que una huel-

ga de hambre. El hombre no ha sabido hacer ficciones cuando está bien alimentado, o cuando no depende de nadie».

Marcos Sol es, sin duda, el personaje más falso y declamatorio de todos los que aparecen en este libro de cuentos prologado por Lorenzo Turrent Rozas.—JUAN URIBE ECHEVERRÍA.



ELEGÍAS, por *Domingo Gómez Rojas*, Ed. Nascimento, Santiago.

Hace algunos años, alguien me dijo a quemarropa, en una conversación—creo que el mismo Acevedo Hernández, cuyo es el prólogo tan acucioso de este libro,—que Domingo Gómez Rojas «era» el primer poeta chileno. Así, rotundamente. Yo, sólo tenía en ese entonces, idea de haber leído por ahí alguna que otra poesía del poeta en cuestión, de las que, debo confesarlo, no guardaba ninguna impresión. O mejor dicho, cuando las leí, no me habían producido ninguna. Miré a mi interlocutor, y callé, sin sonreírme.

Fué eso, algunos años después de la muerte de Domingo Gómez Rojas. Yo no le conocí personalmente: y había quedado con el oído desorientado y escéptico ante el tardío clamor de indignación popular que su muerte produjo. ¡Asesinar a un poeta, en la cárcel pública! ¡Un libertario, redentor de masas, un asambleísta! ¡Un gran poeta!... ¿qué sabe el público, o mejor dicho, el vulgo, de poesía? ¿Y qué tenía que ver la poesía con el caso militante de doctrinarismo político de un poeta? ¿Por qué se enaltecía al poeta para justificar al subversivo? ¿Acaso un subversivo no es también un poeta? Bueno: cosas como estas forman ideas preconcebidas, y, además, la mala suerte mía (o la mala elección de quienes las publicaron) de haberme topado con algunas de las peores poesías de Gómez Rojas, me había hecho formarme de él, por reacción estética, una vaga idea de inferioridad literaria. Deseé, pues, oída la categórica